

Mensaje ocho

La vida cristiana y sus padecimientos

Lectura bíblica: 1 P. 2:11-12, 18-25; 3:15; 4:1-4, 7, 12-16; 5:1-4

- I. El propósito de 1 Pedro es confirmar y fortalecer a los creyentes que están sufriendo; los padecimientos son usados para que ellos se armen con un modo de pensar que resiste la carne, a fin de que no vivan en las concupiscencias de los hombres sino en la voluntad de Dios (4:1-2), a fin de que puedan participar de los padecimientos de Cristo y regocijarse cuando Su gloria se manifieste (vs. 12-19), a fin de que sean testigos de los padecimientos de Cristo (5:1), y a fin de que sean perfeccionados, confirmados, fortalecidos y cimentados con miras a la gloria eterna a la cual Dios los ha llamado (vs. 8-10).**
- II. Cristo, el primer Dios-hombre, y Su vida de padecimientos es un modelo para nosotros; es preciso que llevemos una vida que sea una copia, una reproducción de la vida de Cristo, lo cual únicamente es posible al disfrutarlo a Él como gracia en medio de nuestros padecimientos, de modo que Él mismo, como Espíritu vivificante, con todas las riquezas de Su vida, se reproduzca en nosotros—2:18-25:**
- A. En la vida de padecimientos que el Señor llevó, Él era un hombre de oración—Mt. 14:23; Mr. 1:35; Lc. 5:16; 6:12; 9:28; cfr. 1 P. 1:13; 4:7:
1. Él era un hombre que era uno con Dios—Jn. 10:30.
 2. Él era un hombre que vivía continuamente en la presencia de Dios—Hch. 10:38c; Jn. 8:29; 16:32.
 3. Él era un hombre que confiaba en Dios y no en Sí mismo, en cualquier clase de sufrimiento o persecución que afrontara—1 P. 2:23b; Lc. 23:46.
 4. Él era un hombre en quien Satanás, el príncipe de este mundo, no tenía nada (no tenía ninguna base, ninguna oportunidad, ninguna esperanza ni ninguna posibilidad de nada)—Jn. 14:30b.
- B. Puesto que los creyentes son los miembros de Su Cuerpo, Su reproducción masiva y duplicación, ellos copian al Señor en su espíritu, aprendiendo de Él según el modelo que les dejó, al tomar Su yugo (la voluntad del Padre) y Su carga (la obra que lleva a cabo la voluntad del Padre); este yugo es fácil de llevar, no es gravoso, y esta carga es ligera, no es pesada—Mt. 11:28-30; 1 P. 2:21; Ef. 4:20; 1 Co. 16:10.

Mensaje ocho (continuación)

III. Cuando el Señor se ofreció a Sí mismo en sacrificio en la cruz, Él llevó nuestros pecados en Su cuerpo sobre la cruz, que era el verdadero altar de la propiciación; ahora, en Su resurrección, como el Cristo pneumático en nuestro espíritu, Él es el propiciatorio donde Dios se reúne con nosotros y nos habla, y el Pastor y Guardián de nuestras almas, quien nos guía por sendas de justicia, es decir, nos ayuda a vivir a la justicia al hacernos andar conforme a nuestro espíritu—Ro. 3:25; 1 P. 2:24-25; Sal. 80:1; 23:3; Ro. 8:4:

- A. Cristo fue nuestro Redentor al morir sobre el madero (1 P. 2:24), y ahora, Él es el Pastor y Guardián de nuestras almas en la vida de resurrección dentro de nosotros (v. 25); como tal, Él puede guiarnos y suministrarnos con vida para que sigamos en Sus pisadas según el modelo de Su padecimiento (v. 21).
- B. Cuando tenemos una manera de vivir santa y excelente, una reproducción de la vida de Cristo en medio de nuestras tribulaciones, los incrédulos verán “con sus propios ojos vuestras buenas obras” y glorificarán “a Dios en el día de la visitación”: el día cuando Dios velará por Su pueblo peregrino, como un pastor vela por sus ovejas errantes, y cuando llegará a ser el Pastor y Guardián de sus almas; cuando Dios viene a visitarnos, ése es el día de la visitación— vs. 11-12, 25; Lc. 1:68, 78; 19:44.
- C. Cristo, quien es el Pastor y Guardián de nuestras almas, nos pastorea cuidando del bienestar de nuestro ser interno y al velar por la condición de nuestra verdadera persona—1 P. 2:25:
 - 1. Su pastoreo regula nuestra mente, conforta nuestra parte emotiva y dirige y guía nuestra voluntad; Él nos dirige al lugar correcto (tal como guió a Su pueblo a la buena tierra, la cual representa al Cristo todo-inclusivo) y nos guía al sitio exacto (así como condujo a Su pueblo al monte de Sión, el cual representa los vencedores que son la realidad del Cuerpo de Cristo)—Éx. 15:13, 17.
 - 2. Su pastoreo hace que nosotros le amemos a Él y nos amemos también unos a otros, a fin de que el amor predomine en la vida de iglesia—1 P. 1:8, 22; 2:17; 3:8; 4:8; 2 P. 1:7.
 - 3. Cristo, quien es el Anciano, el Guardián, de nuestras almas opera dentro de los ancianos apropiados de la iglesia,

Mensaje ocho (continuación)

quienes son uno con Cristo, para velar por las almas de los santos al nutrirlos y cuidarlos con ternura—He. 13:17; Hch. 20:28-31; 1 P. 5:2.

4. Para pastorear el rebaño de Dios se requiere que suframos por el Cuerpo de Cristo así como Cristo sufrió; esto será recompensado con la corona inmarcesible de gloria—Col. 1:24; 1 P. 5:1-4; Jn. 21:19; 2 P. 1:14; 1 P. 4:13.

IV. Para seguir las pisadas de Cristo a fin de vivir a Cristo al padecer persecución (1:6-7; 2:18-25; 3:8-17; 4:12-19), debemos armarnos del mismo sentir (manera de pensar) que tuvo Cristo en Sus padecimientos (v. 1; Fil. 2:5-11):

- A. La palabra *armaos* indica que la vida cristiana es una batalla; la manera de pensar de Cristo es un arma, una parte de la armadura que necesitamos para pelear la batalla por el reino de Dios—1 P. 4:1-2; cfr. Ef. 6:17-18.
- B. Si hemos de llevar una vida que sigue en las pisadas de Cristo, necesitamos una mente renovada (Ro. 12:2; Ef. 4:23) que nos permita entender y conocer la manera en que Cristo vivió para cumplir el propósito de Dios (1 P. 2:21-23; 3:18-22).
- C. El sufrimiento responde a la obra redentora de Cristo de rescatarnos de nuestra vana manera de vivir, guardándonos de una conducta pecaminosa, del desbordamiento de disolución (4:3-4); pasar por tal padecimiento, principalmente el de ser perseguidos, es experimentar la disciplina de Dios en Su trato gubernativo (vs. 6, 17).
- D. Debemos regocijarnos al participar de los padecimientos de Cristo, y no extrañarnos por el fuego de tribulación, como si fuera algo extraño que nos estuviera aconteciendo—vs. 12-13.
- E. Al sufrir persecución debemos mostrarles a los demás que tenemos a Cristo como Señor en nuestros corazones, debemos estar constituidos de la verdad y debemos atender a nuestra conciencia— 3:15-16; 1 Jn. 3:19-20.
- F. Si somos vituperados en el nombre de Cristo, somos bienaventurados, porque el Espíritu de gloria, que es el de Dios, reposa sobre nosotros—1 P. 4:14.
- G. Si sufrimos como cristianos, no debemos sentirnos avergonzados, sino más bien, debemos glorificar a Dios por llevar este nombre—vs. 15-16:
 1. Un cristiano es un hombre de Cristo, alguien que es uno con Cristo, que no sólo le pertenece a Él, sino que también posee Su vida y naturaleza en una unión orgánica con Él,

1 Y 2 PEDRO Y JUDAS

Mensaje ocho (continuación)

y que también vive por Él, e incluso le vive a Él en su vida diaria—2 Co. 4:7; Fil. 1:19-21a.

2. Si sufrimos por ser esta clase de persona, no debiéramos sentirnos avergonzados, sino más bien, ser valientes en nuestra confesión a fin de magnificar a Cristo mediante nuestro modo de vivir santo y excelente, y así glorificar (expresar) a Dios en este nombre—v. 20; 1 Co. 10:31.